

Carta a una extraña

José Espinoza Castro

Image not found.

Capítulo 1

Admirable extraña:

Antes de que tires (si es que tuviste la curiosidad de desdoblarla), éstas pocas palabras que dispongo para tí, debes saber antes que nada, que para mí eres sin duda alguna, una mística sinfonía. Pensé bastante en esto, lo admito. Pude haberme aventurado por un pequeño elogio (dirigido tal vez al carmesí de tus labios retocados, o al lunar que tienes a la mitad del dedo anular derecho), que a buena suerte pudiese haber arrojado al final, rubor en tu rostro. Pero no, yo sé que merecías algo más. Algo más que los cotidianos halagos que diariamente te han de recalcar. Algo más aunque, tal vez cuando leas esta línea, probablemente yo ya esté tomando el autobús camino a casa.

Al primer minuto de tu entrada (ordinaria como cualquier otra persona, anunciada por la pequeña campana sobre la puerta, y a la vez tan única, con una pícara sonrisa y la nariz roja de frío), el café cambió de aroma, los panecillos lucían más esponjados y el frío ya no calaba, pues habías cruzado mi mirada. En fin, ya van dos minutos y cuarenta y dos segundos, (contando 10 por adelantado para terminar la línea justo en ese momento) y si llegaste a ésta parte, tuviste que haber desdoblado aún más la servilleta. Es casi mágico notar todos los sentimientos que puedes plasmar en una simple servilleta. ¿no lo crees? Ni en el bosque completo podría plasmar en letras, esta gran pasión que me haces sentir. Y no te conozco si quiera y eso mismo es lo que me hace querer saber de ti. Te preguntarás aún, ¿porqué lo de la sinfonía? No van ni cinco minutos y me tienes totalmente maravillado. Todo comienza con la abertura de tus labios, un precipitado estruendo de platillos en tus párpados se alcanza a distinguir, entre el sonido de las arpas en tus pestañas. Castañuelas y maracas en tu cabello van guiadas al compás de la percusión en tu pecho, que se llena dócilmente de un serpenteante humo blanco que, inhalas de ese pequeño cigarrillo francés, el cuál amablemente yo te encendí, mientras tú distraída y sin remordimiento, interrumpías la escritura en mi servilleta a dos dobleces (hubieran sido cuatro de escribir la sinfonía completa), justo después de haber culminado la negociación con la mesera, que a cambio de una buena propina, deslizaría ésta servilleta hasta tu saco. Te esperaré mañana, el café siempre es bueno a estas horas por aquí...